

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

BARCELONA 22 DE NOVIEMBRE DE 1886

NUM. 256

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Los dioses se van*, por don Juan Sevillano y Urdiga. — *El beso* (conclusión), por don F. Moreno Godino. — *La hoja del árbol*, por don Vicente Colorado. — *Desecación del lago Copais*, por don G. Richou.

GRABADOS. — *Hermosa*, cuadro de Mérida. — *Apuntes*, de Echena. — *La peregrinación á Nuestra Señora de Zermatt*, cuadro de Rafael Ritz. — *Días serenos*, cuadro de Gratz. — *El Comercio*, figura del monumento que ha de elevarse en Valencia al Marqués de Campos, por Mariano Benlliure. — *Orillas del Llobregat*, cuadro de J. Masriera. — *Vista de la gran zanja del canal emisorio de Karditza.* — *Plano del lago Copais y de la región comprendida entre el mar y el lago.* — *Entrada superior del canal emisorio de Karditza.*

NUESTROS GRABADOS

HERMOSA, cuadro de E. Mérida

Esta deliciosa figura, obra de uno de nuestros más distinguidos pintores, es el retrato de una mujer realmente simpática, ó es simple concepción de un artista que posee el secreto de la belleza? Opinamos lo primero y para ello nos fundamos tanto en la historia que corre unida á esta obra, como en cierto aire de verdad, en cierto naturalismo que raras veces concurre en las producciones del arte cuando éste no tiene más límites que la imaginación. *Hermosa* titula el autor á esa mujer, y sin embargo hay en ella más de simpático, más de *atrayero* que de hermosa en realidad.

Dícese que esa *jembra* es una notable *cantaora* que en compañía de otra artista del mismo pelo concurrió á una cena en carnaval, con que cierto jugador favorecido por la suerte obsequió á varios aficionados al *cante*, entre los cuales se hallaba el autor del cuadro. *Hermosa*, por su aspecto melancólico y quizás por su misma falta de desenvoltura, interesó en su favor á los concurrentes, que trataron de explicarse su inesperado comportamiento. Ninguno, empero, penetró en los secretos de la vida de *Hermosa*: todo lo que pudieron recabar de ella es que tenía veinte años, que el único hombre por quien se interesara su corazón había muerto y que muertas se hallaban igualmente las ilusiones todas de su juventud perdida. Y si esta historia resultare ser puro invento, conste, querido lector, que como me la contaron te la cuento, y que los sentimientos de la referida *cantaora* se hallarían, de ser verdad el hecho, perfectamente reproducidos en la obra de Mérida. Esta, cualquiera que sea su origen, es digna de la merecida reputación de su autor.

LA PEREGRINACIÓN

á Nuestra Señora de las Nieves, en Zermatt, cuadro de R. Ritz

Si vuestra buena suerte os lleva algún verano á Suiza, no dejéis de encontraros el día 5 de agosto en Zermatt. Una vez allí, uníos á la romería que se dirige á la ermita de Nuestra Señora de las Nieves y presenciareis un espectáculo edificante y pintoresco. En la cima de una montaña tan desnuda de galas como la ermita de Nuestra Señora, cuyo rústico vestíbulo decoran apenas algunas guirnaldas de hojas silvestres, á 2,558 metros de altura, cabe las ruinosas paredes de una especie de choza, cuyo carácter de santuario revela una tosca cruz de palo mal sujeta á unas tablas carcomidas; un religioso, todo fe, todo unción, habla la palabra de Dios á un pueblo que posee los inapreciables dones de creer y de esperar. Este festival religioso, sublime en su sencillez, imponente porque parece realizarse más cerca del cielo que de la tierra, ha inspirado á Ritz un cuadro digno del asunto.

El lugar de la escena, copiado del natural, causa de por sí profunda impresión. El espíritu de Dios parece flotar por cima de esa montaña, cuyas gigantes proporciones dan testimonio de su poder. La misma aridez del sitio hace que la imaginación no se distraiga poco ni mucho del objeto principal; y hasta la pobreza del santuario es imagen de esa fe, viva siempre en el pueblo suizo, que no necesita suntuosos estímulos para manifestarse á la altura de su importancia.

No están menos bien entendidos los diversos grupos de fieles que escuchan la predicación del religioso. Ni un solo personaje desdice del asunto, ni uno solo ha sido trazado con el simple intento de que llene un hueco; antes bien en su semblante, en su actitud, revelan, ya el fervor de que se hallan poseídos, ya la fatiga consiguiente á la penosa expedición; que también algún cuerpo se rinde por más que el espíritu se remonte á más serenas alturas.

Rafael Ritz ha demostrado no tan sólo un perfecto estudio del asunto que reproduce, sino el sentimiento profundo que en su corazón de artista debió producir esa manifestación de la piedad helvética.

DIAS SERENOS, cuadro de T. Gratz

Decía el inolvidable Olona: *¡Qué felices que son... los que lo son!*

Con lo cual quiso significar cuán difícil es apreciar la felicidad ajena.

El pintor Gratz será ó no será feliz, cosa que ignoramos por completo; pero en cambio estamos seguros de que tiene perfecta idea de la felicidad. Es más; la sabe representar, y si muchos que pueden hacerlo siguieran el ejemplo que les ofrece en el cuadro que reproducimos, casi casi pudieran exclamar: *¡Eureka!*

Con efecto, ¿quién no cambiaría su sitio, ó su sitio, en el mundo, cualquiera que fuese la elevación de su emplazamiento, por un pequeño lugar en esa barquita, donde tiene lugar una escena tan apacible, tan simpática, tan saturada de esa ventura tranquila que tiene por fundamento el amor á la familia?... El mundo está lejos, muy lejos, á lo menos el mundo de las pasiones borrascosas y de los placeres turbulentos. Pero ¿acaso el lugar, por estrecho que sea, en donde se reune un esposo amante, una madre cariñosa y una hija robusta que paga con sonrisas inocentes las no menos inocentes caricias, no contiene todo un mundo?

Gratz lo ha comprendido así y nos lo ha dejado comprender con buen talento. Y aquí tenemos un ejemplo más de que no hay asunto vulgar para un artista que vulgar no sea. Copiar á la naturaleza no es sentirla; pintar agua, cielo, árboles, personas, puede hacerlo todo aquel que pinte; pero el mero hecho de pintar no hace al artista: el que merece este nombre debe en todas sus obras hacer vibrar la cuerda de un sentimiento. Si lo consigue, puede estar satisfecho. Y pues á cualquiera embelesa la escena pintada por Gratz, hemos de convenir en que su cuadro merece ser calificado de obra de arte.

ORILLAS DEL LLOBREGAT, cuadro de Masriera

En uno de nuestros números anteriores publicamos un *Oliver* de este mismo apreciable pintor, y al hacer su descripción nos ocupamos de su mérito artístico. El cuadro, cuya copia hoy incluimos, es una confirmación de nuestras opiniones, y nos depara nueva ocasión de tributar un aplauso al Sr. Masriera.

LOS DIOS SE VAN

I

Santiago de Galicia es una de las ciudades que tienen más color tradicional, aunque no ostenta tantos edificios antiguos y monumentales como Toledo, Avila, Salamanca y otras. La ciudad del Apóstol parece como que se ha quedado petrificada en la edad media y el carácter de sus moradores participa hasta cierto punto de este arcaísmo social.

Detrás de la Catedral hay un barrio en que abundan las casas solariegas, que son muchas y linajudas y con cuyos escudos de armas podría reconstruirse no sólo la historia galaica sino la española en general.

En una de estas antiguas moradas habitaba la condesa Armildez de Padrón. Apenas contaba cincuenta años de edad, pero representaba algunos más. Su cabeza prematuramente encanecida, hacía resaltar el color apergamado de su tez y la prolongación extranatural de su nariz de móviles cartilagos. Había quedado viuda á los treinta años, con dos hijos que educar y una exigua fortuna de que disponer.

Su marido, muerto en la flor de la juventud, después de haber llevado una vida poco edificante, dejola solamente bastantes deudas, algunas heredades en el término de la ciudad, y la mansión señorial.

La condesa vendió todas sus alhajas, inclusa la vajilla hereditaria, y pagó las deudas. Dió sus tierras en arrendamiento y se redujo á vivir con las cuatro mil pesetas que la rentaban. Se encargó ella misma de la educación de su hija Ana, á fin de atender con más holgura á la de su hijo Enrique que debía llevar y sostener con decoro el título patronímico de la casa Armildez de Padrón. Además de esta consideración, que labraba grandemente en el ánimo de la dama imbuída de nobleza, la complexión delicada y enfermiza de su hijo disculpaba hasta cierto punto esta preferencia maternal.

Había un gran contraste entre Enrique y su hermana; él era casi raquítico y de sangre empobrecida; Ana, por el contrario, fuerte y llena de vida, quizá porque siendo el primer fruto de una unión cuya savia se secó pronto, ella la absorbió toda. Tenía cuatro años más que su hermano y desde niña se desarrolló con facilidad y lozanía. Hallaba muy natural la predilección de la condesa hacia su hermano, primero por tradición aristocrática y además por buen corazón; de suerte que entre la madre y la hija habíase establecido una especie de pacto tácito para sacrificarse, si era necesario, al porvenir de aquel niño que llevaba el nombre de la familia.

Este sacrificio no fué inútil. A fuerza de precaución Enrique salvó las peligrosas crisis de la infancia, y merced á un arreglo doméstico que casi rayaba en la avaricia, pudo seguir la carrera militar é ingresar en el cuerpo de artillería.

La madre y la hija, aisladas en su antiguo caserón, vivían con lo estrictamente necesario, conservando sólo algunos trajes presentables para salir las menos veces posibles á misa ó á los oficios divinos, rehuendo cuanto podían las relaciones sociales que hubieran ocasionado dispendios que no podían soportar.

Sin embargo, dos veces por semana, la condesa recibía á algunos buenos y antiguos amigos, que comprendían su situación, y que se reducían á dos hermanas de buena casa, viejas y solteras, á un canónigo de la Catedral, y á un coronel retirado perteneciente á la familia de Revillajijedo.

En estas tranquilas veladas, se hablaba, se jugaba á los *tres sietes* y algunos ratos Ana tocaba de afición el piano.

II

Cuando se tiene poco ó nada, cualquiera cosa sirve de distracción, y por eso la pobre



HERMOSA, cuadro de E. Mérida

joven creía divertirse mucho con esta pacífica y monótona tertulia, gustábala oír á aquella sociedad de viejos hablar del tiempo pasado anatematizando el presente, y agradábala aún más las noticias chismográficas referentes á la ciudad, que llegaban hasta ella como un eco.

A los veintitres años de edad, Ana era notablemente bella. Sus cabellos rubios tirando á rojos daban á su tez una expresión deslumbrante, que se asemejaba á la nieve de las montañas colorada por el sol naciente; su cuerpo magníficamente desarrollado armonizaba con su carácter expansivo y alegre, y aunque educada por su madre con ideas serias y preocupaciones de altivez y abnegación, conservaba algo de la adorable sencillez de la infancia.

Acostumbrada á la economía, habituada á la falta absoluta de diversiones, sólo deseaba ver contenta á su madre y adelantar á su hermano en su carrera, y como se creía feliz, se preocupó mucho cuando, sin saber cómo, sintió surgir en su espíritu un anhelo desconocido, una necesidad imperiosa é inexplicable.

¿Cuál era? he aquí el problema.

Se quedaba inmóvil y pensativa persiguiendo una idea sin fórmula; sus dedos se detenían si bordaba, ó permanecían parados sobre las teclas si tocaba el piano. Sus ojos permanecían obstinadamente fijos contemplando el vacío, hasta enardecerse como cuando se mira el fuego mucho tiempo. Experimentaba languideces incomprensibles, estremecimientos que serpeando por todo su cuerpo la repercutían en la nuca en donde sentía como un soplo caluroso. En una ocasión, haciendo su oración acostumbrada ante la imagen de un Niño Dios, parecíala que Jesús la sonreía y creyó sentir en sus labios un furtivo beso. La condesa y su reducida tertulia notaron el cambio de carácter de Ana, y una noche, mientras la joven ensayaba al piano una nueva pieza, tuvieron un conciliábulo en voz baja. — Yo creo, — dijo una de las solteras, — que lo que Ana experimenta es un principio de vocación religiosa. Así empezó nuestra hermana mayor, con distracciones que son como primicias de próximo éxtasis.

— ¡Bah! — replicó el coronel, — esa es una suposición exagerada. La muchacha tiene los caprichos y movimientos propios de la edad.

— No, amigo mio, — observó la condesa, — en primer lugar mi hija no ha sido nunca caprichosa y además no es ya una niña.

— Pues eso es lo que tiene, — dijo con viveza el canónigo.

— Explíquese V., ¿qué tiene? — preguntó la otra solterona.

— Tiene... tiene... lo que todas las jóvenes; inclinaciones propias de su sexo.

— ¡Cómo! — exclamó la condesa, — ¿supone V. que Ana está enamorada?

— No, señora. Sólo la creo en ese estado de que habla San Agustín cuando dice: «Yo no amo todavía, pero amo el amor.»

Fué preciso convenir en que la suposición del canónigo era la más aceptable y cada uno quería expresar su pensamiento, lo cual hizo que elevando el diapason, atrajesen la atención de Ana, que se levantó del piano y acercándose lentamente, pudo oír las postrimerias del siguiente diálogo, interrumpido al verla:

— ¿Por qué no piensa V. en casarla? — preguntó el canónigo.

— ¿Cómo, con quién? una joven pobre.

— Pues bien, yo conozco uno que está deseando casarse con ella, no obstante su pobreza.

Bajaron la voz. Ana vió que el sacerdote se expresaba calurosamente y que su madre hacía ademanes negativos.

Aquella misma noche, cuando se hallaban solas, Ana confesó á la condesa que había oído parte de la conversación, y preguntó sencillamente quién era el que deseaba casarse con ella. Su madre no titubeó en decirselo. Se trataba, en efecto, de un proyecto de matrimonio, respecto al cual habían hablado al canónigo. El joven que pretendía á Ana era el primer fabricante y almacenista de tejidos de lana de la ciudad, y pasaba por millonario.

— ¿Habrá V. rehusado? — preguntó aquella.

— Naturalmente, — contestó la condesa, — la hija y la hermana del conde Armildez de Padrón no puede ser la señora de Cardaliza.

Luego repuso:

— Puesto que hemos tocado este punto, debo decirte lo que yo pienso y á lo que creo debes atenerte. Según las leyes modernas, tú tienes derecho á compartir el pobre patrimonio que nos resta, lo cual no es bastante para que puedas contraer un enlace conveniente, y casi no te queda más esperanza que encontrar algún Cardaliza que pretenda esparcer un tanto su origen, comprando á una joven de buena cuna.

— Pero yo no aceptaré jamás, — dijo Ana con altivez.

— Conozco la nobleza de tus sentimientos; por tanto no he querido oír las proposiciones de ese almacenista. Tendré además el valor de proponerte un gran sacrificio. La pensión que paso á tu hermano no es suficiente para sostener su rango, lo cual influye mucho en su carrera. Es preciso, pues, que nos resignemos á echar mano de nuestro pequeño capital, aun cuando esto disminuya tu parte de herencia. ¿No te parece que será digno de nosotras el reconocer el derecho de primogenitura, abolido por gentes que no tienen idea de lo que vale y representa un nombre ilustre?

III

Los ojos de Ana se llenaron de lágrimas, y esta vez sabía porqué tenía necesidad de llorar. A la idea del matri-

monio, un velo se había desgarrado en su pensamiento, sintiendo confusamente el origen de sus melancolías. Al oír á su madre, experimentó una especie de deseo no formulado, pero más concreto que sus vagas languideces, y al mismo tiempo surgía en ella una esperanza halagadora de la felicidad, á la que la decían debía renunciar. Fuéla, pues, preciso un gran esfuerzo de voluntad para acallar la voz de su corazón, tanto más persuasiva por cuanto la oía súbitamente.

Tuvo este valor heroico, y enjugó sus lágrimas. Supo hallar una energía ciega, para ponerse á la altura del sacrificio de que se la creía capaz.

Tranquila y grave, no dejando adivinar su emoción más que por la contracción de su boca y el parpadeo de sus ojos, con una expresión de orgullo satisfecho y de dolor reprimido, alargó la mano á su madre, no con el abandono de hija que busca caricias, sino con ademán casi augusto; y como si prestase juramento, dijo con voz firme:

— Madre, he comprendido. Estoy orgullosa de conocer las severas leyes del deber. No me casaré nunca.

Algún tiempo después, como si á la condesa no la quedara ya nada que hacer en el mundo, cayó gravemente enferma.

Trascurridos dos meses estaba desahuciada. Momentos antes de morir, miró á su hija con ansiedad; esta comprendió el último pensamiento de la moribunda, y junto aquel lecho que era casi un féretro, renovó su solemne promesa.

— ¡Gracias, hija mía! — murmuró la condesa. — Ahora cúmplase la voluntad de Dios.

El conde, que estaba presente, y que como habituado desde niño á la abnegación de los demás, era un tanto egoísta, aceptó el sacrificio de Ana sin oponer la menor resistencia, creyéndose sólo obligado á decir:

«¡Pobre hermana mía!»

— Es verdad, — repuso la condesa. — Perdóname, hija de mi corazón. Tú sabes que te amo también. ¡Ah! ¿qué va á ser de tí?

— No se inquiete V., madre mía; si me quedo huérfana, me refugiaré en Dios.

— Sí, hija, Dios es un esposo que no puede morir.

Y dichas estas palabras, las facciones de la agonizante se iluminaron de beatitud, y exhalando como suspiros de satisfacción se dejó caer en la muerte; pero momentos antes aun tuvo fuerzas para murmurar con un acento que se asemejaba á un eco:

«Escucha, Ana: el convento de la Concepción Jerónima de Madrid, es fundación de las casas de Rivas, de Maceda y de Armildez de Padrón; allí te recibirán sin dote, ¿comprendes? sin dote.» Así murmuró aquella madre sublime de egoísmo y de abnegación.

IV

Algunos meses después, Ana tomó el velo en el susodicho convento, con el nombre de *Sor Tránsito*, cediendo todos los bienes que la correspondían á favor de su hermano. Cuando este fué á Santiago á asuntos de testamento, el canónigo que había sido amigo de su madre le dijo:

— Señor conde, me parece que su hermana de V. no tiene entera vocación religiosa.

— Yo creía que sí.

— Yo propuse á la señora condesa un buen partido, un joven honrado y riquísimo que amaba á Ana; pero sufrí una repulsa.

— Mi madre era excesivamente severa en punto á nobleza; no lo extraño. Yo no participo de tan exageradas preocupaciones.

— Pues aun es tiempo. Ana no ha profesado y el señor de Cardaliza la recuerda con sentimiento. Además esta unión puede ser provechosa á V. para adelantarle en su carrera, pues aquel es influyente y va á ser elegido diputado.

— Mi hermana no me ha hablado nada sobre el particular. Merece pensarse, ¿qué diablo? es preciso transigir con las ideas actuales.

Ana fué consultada y se negó á dejar el convento.

«Nada, pues era verdadera su vocación,» pensó el canónigo.

Y he aquí cómo el sacrificio de la pobre joven no fué comprendido ni apreciado por nadie.

Sor Tránsito, en su clausura, tenía la dulce compensación de haber cumplido un deber para ella sagrado. Este elevado sentimiento, lleno de beatitud, suplía en cierto modo á la vocación que la faltaba; pues aunque era piadosa, no hasta el extremo de sentir ese místico amor que florece á la sombra de los claustros. Tenía una encarnación demasiado robusta y una imaginación hartamente viva, para poder experimentar la exaltación de la fe que conduce al éxtasis; esa fiebre de devoción que consume el corazón en la llama de sueños delirantes; esa comunión deliciosa con el infinito, en cuyo fondo se arroja el alma desvanecida; pero en cambio, hallaba una serenidad profunda en la conciencia de su sacrificio.

Consiguiera resignarse á las duras exigencias de su nueva vida, á las incandescentes oraciones, á los ayunos, al reposo interrumpido por los oficios y en fin á la adoración abstracta y perpetua.

Alguna vez sentía el recuerdo del bien á que había renunciado, bien tanto más atractivo por cuanto sólo le entrevió vagamente, enriqueciéndole con los esplendores de su fantasía. Soñaba con los inexplicables deseos que la habían inquietado, y estudiando el recuerdo, lo comprendía, no obstante su candor, así como también las misteriosas revelaciones de la naturaleza.

Había podido amar y ser amada; esposa y madre á la vez. Toda una existencia distinta á la que llevaba, una existencia íntima, familiar, tiernamente expansiva y fructífera...

A haber tenido verdadera vocación religiosa, no la asaltarían estos pensamientos; de suerte que, según ella, no debía procurar vencerlos. Además donde no hay dolor, privación, contrariedad y lucha, no existe mérito alguno. Cuanto menos predispuesta á la vida monástica, mayor era su merecimiento en aceptarla, é imbuida por esta idea se ensimismaba en sus recuerdos y aspiraciones, y clavándose en la mal cerrada herida de su corazón, experimentaba una cosa parecida á las voluptuosas torturas de los mártires.

Con el tiempo sus impresiones se amortiguaron; la costumbre despuntó un tanto las espinas de su cilicio moral. La adormecedora monotonía del convento extinguió un poco los ecos de la vida exterior, que repercutían aún en el corazón de la joven religiosa. Ana se fué trasformando poco á poco en *Sor Tránsito*, plegándose al sin número de prácticas que ocupan todos los instantes y absorben todos los pensamientos. Su salud se desvaneció en el aire claustral y con la fatiga de las oraciones interminables, de las genuflexiones repetidas y de las prostraciones sobre las heladas losas del templo. Su sangre, antes tan rica, que desbordaba de juventud, se empobreció bajo la influencia de alimentos poco nutritivos, de vigiliias y maceraciones. Huyeron de su rostro los colores, y sus mejillas enflaquecidas se envolvieron en el sombrío crepúsculo de las tocas virginales.

Su pensamiento se modificó como su cuerpo, y á medida que se afinaba físicamente, sus ideas se desprendían de la realidad para absorberse en la contemplación de un mundo místico.

V

Un solo pensamiento mundano subsistía aún en ella, un resto de noble orgullo palpitaba en la alegría de decirse que su sacrificio había sido útil al nombre de los Armildez de Padrón. Las noticias que de vez en cuando recibía de su hermano, avivaban este último fuego humano. Merced á su título, y habiendo salido de la oscuridad, aunque á costa de su patrimonio, el conde ascendió á teniente coronel, y estaba agregado al Estado mayor de un capitán general muy influyente. En la guerra de Africa obtuvo una condecoración y próximamente debía ser nombrado para el puesto militar de una embajada importante.

Sor Tránsito se complacía en pensar en estos honores mundanos que recaían en su familia, á los que unía la memoria de su madre feliz y satisfecha en la vida de la eternidad, experimentando á consecuencia de estos pensamientos un bienestar moral, que atemperaba sus fervores y arrebatos místicos. A veces suspendía sus meditaciones religiosas para recordar á su hermano, joven, inteligente, dichoso, casi nacido á la existencia y á la prosperidad, gracias á su abnegación. Se le figuraba casado con una mujer digna de él, heredera de un gran nombre y de una buena fortuna, renovándose en el porvenir el glorioso escudo de armas y la antigua sangre de los Armildez de Padrón.

Sor Tránsito, embelesada en estas ideas, sentía estremecimientos de alegría, hallando muy justo que su sacrificio hubiese servido para tan grandes fines.

Un rayo de dolor hízola despertar de estos hermosos sueños.

Un día recibió una carta de su hermano; carta seca, sin explicación ninguna, participándole solamente el hecho inaudito, la noticia monstruosa de que el conde se había casado con la hija de un comerciante en curtidos, de las Islas Baleares, millonario y judío.

Fué tan terrible el golpe que *Sor Tránsito* estuvo á punto de perder hasta la fe. No podía admitir que la justicia divina hubiese permitido tal abominación. ¿Para esto se sacrificaron incensantemente su madre y ella? ¿Para esto renunció al mundo, á su misión de mujer, á sus aspiraciones más naturales?

Los sufrimientos, las luchas, las privaciones, los heroísmos, ¡todo, todo había sido inútil!

Ella entrevió todos los goces y los ahogó en la idea del deber; ella combatió y subyugó sus aspiraciones tan deliciosas y tan legítimas, el amor, la familia, los éxtasis maternos; estos goces que reaparecían en su imaginación más vivos, más intensos que nunca; ella se había martirizado en el cuerpo y en el espíritu, suicidándose lentamente: ¡y su hermano pagaba tantos dolores con una infamia!

¡La hija de un judío! se había unido á la hija de un judío; había mezclado su sangre con la sangre de los enemigos de Dios; él, el conde Armildez de Padrón, el hermano de Ana que rehusó la mano de un hombre cristiano y honrado; él, el hijo de aquella que le había sacrificado su bienestar, su hija, y quizá hasta su vida consumida prematuramente!

Atormentada por estas ideas se despertaron todos los comprimidos rencores de Ana, librando íntima batalla en el corazón de *Sor Tránsito*; esta pedía cuenta á Dios de su fe estéril; aquella, de las alegrías del mundo que le habían sido arrebatadas.

Exhaló un grito de rebelión y de protesta; un solo grito, pero que bastó á consumir todo su ser.

VI

Notándose en la comunidad la falta de asistencia de *Sor Tránsito* al segundo oficio matinal, subieron á la celda y halláronla tendida en tierra, inanimada, convulsa,



ECHENA.—Apunte para su último cuadro

presa de un ataque cataléptico, con los ojos fijos, las manos crispadas y el cuello hinchado.

Dos horas después tuvo un momento de calma, pero sus nervios debilitados por las exigencias monásticas, sin fuerzas para resistir aquella crisis espantosa, estallaron en lesiones orgánicas, que terminaron con un anonadamiento.

En este estado tiró algún tiempo. No pensaba ya, ni apenas conocía. Parecía como que rezaba, pero harto se advertía que era por costumbre é inconscientemente.

En los últimos días recobró un tanto la voz; se la oía rezar, pero sus oraciones eran un murmullo monótono sin entonación ni sentido; había caído en esa rutina religiosa que aconseja Pascal cuando dice: «Embrutecidos.»

En el instante de su muerte, *Sor Tránsito* experimentó una lucidez relativa; pues en medio de sus oraciones, ó mejor dicho divagaciones, dejaba escapar frases en que se revelaban pensamientos mundanales y dolorosas decepciones.

«¡Haber hecho tanto para nada!... ¡La hija de un judío!... ¡Nobleza, mentira!»

Pasóse la mano por los ojos, como para enjugar una lágrima ó desvanecer una odiosa imagen, y recobrando un resto de su pasada energía, pronunció estas últimas palabras:

«¡Los sacrificios inútiles son quizá los más hermosos!»

JUAN SEVILLANO Y URDIGA

EL BESO

(Conclusión)

Y era cierto que Antonio se aburría en Córdoba, se aburría tanto que una noche, en la calle del Conde Gondomar, vió una muchacha asomada á una ventana, y por distraerse, se aproximó á hablar con ella. En honor de la verdad debemos decir que tuvo un motivo ó una disculpa, según quiera entenderse, y fué que á la luz de un farol cercano, no sólo vió que la cordobesa tenía buenos ojos, sino también que se parecía mucho en la boca á su adorada Anita; tanto que esta circunstancia le hizo pensar con insistencia en el beso que su novia de Sevilla le había prometido.

Antonio recibió carta de esta á vuelta de correo. Anita le decía en ella que estaba muy triste, que había tenido como un amago de fiebre y concluía con este párrafo que parecía un tanto extemporáneo:

«Antonio de mi alma, sé que me quieres bien, que en mí has apreciado más que mis pobres prendas físicas, mis cualidades morales; sé que sobre todas las cosas tú amas mi corazón que es enteramente tuyo»

Antonio contestó á esta carta con otra en la que se desbordaba su amor, y en la que, con referencia al párrafo antes citado, se expresaba así: «Nita de mis ojos, te repito lo que algunas veces he dicho á mi padre: si Anita es linda, tanto mejor, pero esto es secundario. Yo amo en ella su honradez, su ingenuidad; rica ó pobre, fea ó bonita, la amaré del mismo modo. Yo anhelo con preferencia el cariño del corazón;» y á este propósito, Antonio que era aficionado á versos, recordaba á su adorada, estos que ya la había recitado algunas veces:

Ven á mí, yo no anhelo hermosura,
No desea mi pecho ¡amor mio!
Más que el alma, el amante albedrío,
La fe pura, la llama inmortal...

Trascurrieron algunos días sin tener Antonio contestación á esta poética carta; por fin, al tercer correo, recibió una escrita por una amiga de Anita, en que decía que ésta había estado en cama; pero que, aunque débil todavía, se hallaba ya convaleciente. Antonio se sobresaltó con esta inesperada nueva, y aunque, al parecer, la enfermedad de su amada había cesado, pidió permiso á su padre para ir á Sevilla. «Ten paciencia, muchacho,—le dijo aquel,—pasado mañana se termina nuestro negocio, y al día siguiente nos largaremos los dos.»

Antonio escribió á Anita una amorosísima epístola y se resignó á esperar; pero ¡cosas de España! el negocio se retardó seis días más.

El joven deliraba de impaciencia.

IV

Al cabo llegó el día feliz, y aunque el tren corría rápidamente hacia Sevilla, parecía á Antonio que caminaba á paso de carromato. Para mayor dolor hubo descarrilamiento junto á Tocina, que, aunque leve, produjo un retardo de hora y media.

Llegados á Sevilla, el joven tuvo que comer en compañía de su padre en la fonda del café Suizo, luego acompañarle á su casa y dejarle acostado; así es, que al encontrarse dueño de sus acciones exhaló un hondo suspiro de satisfacción.

Antonio se encaminó á la calle de Flandes, pasó por delante de la casa de su amada, y no vió luz en ninguno de los dos pisos. Esta era buena señal; Anita había salido, luego hallábase restablecida de su enfermedad. El edificio tenía poco fondo, el tiempo estaba casi caluroso, las

vidrieras de los balcones y ventanas, entreabiertas, y no era probable que á las diez y media de la noche la familia se hubiese acostado. Enterado de las costumbres de esta, el joven no vaciló, pues supuso dónde estaría su novia, y torciendo la esquina de la calle, siguió á lo largo de la de Santa Ana, deteniéndose frente á una casa situada en el comedio de aquella. Este edificio, como la mayor parte de los de la antigua Sevilla, sólo tenía piso bajo y principal; el primero estaba oscuro, porque aun no había llegado la época de habitar en los patios transformados en estrados; pero en el principal veíase luz, á través, no de los cristales que estaban abiertos, sino de grandes cortinas de lona corridas sin duda por causa del airecillo que soplabá. La puerta de la calle se hallaba herméticamente cerrada.

—Lo más tarde que salen es á las once,—pensó Antonio;—poco tendré que esperar.

Y comenzó á pasear por la acera de enfrente.

Luego se detuvo á mirar á los balcones de la casa. De vez en cuando, alguna sombra se proyectaba en las cortinas, con esos caprichosos contornos de todas las sombras que se mueven, y en una ocasión, el enamorado joven creyó reconocer la gentil silueta de su adorada. Mientras esperaba con cierta impaciencia, se entretuvo en edificar castillos en el aire que, á medida que pasaban los minutos se iban resumiendo en este monólogo del momento próximo:

«No tarda ya diez minutos en salir: ¡cómo se va á alegrar y á sorprender cuando me vea! ¿Me dará el beso que me prometió? Vaya que sí; Nitita es muy virtuosa, pero también muy formal...»

Se oyó ruido en la puerta de la casa.

—Ya salen,—dijo Antonio lleno de emoción,—y se separó algunos metros andando calle arriba. Con efecto, dos señoras y un sacerdote salieron de la casa y se dirigieron hacia la calle de Flandes. El joven los siguió á alguna distancia.

«¡Qué friolera se ha vuelto Nita!—pensó Antonio.—¿Por qué llevará esa nube en la cabeza, haciendo tanto calor?»

Anita, pues era ella, iba tapada hasta los ojos; pero si ocultaba su cabeza, descubría en cambio á los ávidos ojos de su amante, el cuerpo más gracioso y más andaluz que pudiera imaginarse. La luna escondiéndose tras un nubarrón poco denso, dejó la calle como envuelta en una neblina plateada, y á esta indecisa luz, el joven admiraba el esbelto contorno de su adorada, cuya falda de color claro, parecía compuesta de plegados rayos, que la luna al ocultarse, había prendido en ella. Antonio, que como sabemos, estaba algo *picado* de poesía, no pudo menos de recordar estos versos de Espronceda:

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisara mullidas alfombras
Deslizase leve sin ruido su pie.

V

Anita, su madre y su tío entraron en su casa.

Un rato después, Antonio silbó dos veces de un modo particular, según costumbre, para prevenir á su amada; y hecho esto, empezó á vagar por el barrio, esperando á que la familia de esta cenara y se recogiera.

¡Qué rato aquel tan rico de emociones! ¡Qué visiones tan esplendorosas pueblan el aire de la juventud! Se cuenta que un ayudante de campo oyó palpar el corazón de Napoleón, al empezar la batalla de Jena; pues de seguro, el del enamorado joven no latiría con menos fuerza durante aquellos momentos de espera.

Trascurrido un cuarto de hora, Antonio creyó que ya era tiempo, y se aproximó á la casa de Anita; pero aun tuvo que aguardar. Vió que salía luz por las rendijas de los balcones, ya cerrados, y supuso que aquella estaba ayudando á desnudar á su madre.

Por fin la luz se extinguió casi simultáneamente en el piso de la casa y en el cielo; porque las nubes iban siendo cada vez mayores y más compactas. La calle de Flandes se hallaba casi en tinieblas, pues el único farol que hay en ella, estaba en la esquina opuesta.

Antonio creyó oír ruido y se acercó á la reja.

Mientras se abría lentamente el cierre de cristales de la ventana, el joven oía zumbir en su pensamiento una cosa parecida á arrullos de nidos y rumores de besos.

El contorno de Anita se diseñó en la penumbra. Aun llevaba envuelta su cabeza en la nube. Como esto es lo clásico en semejantes circunstancias, creemos superfluo advertir que el interior de la casa estaba á oscuras.

—¡Nita de mi alma!—dijo Antonio—¡Gracias á Dios! Me parece que hace un siglo que no te veo; esta ausencia me ha probado que no puedo vivir sin tí.

—¿Quién sabe?—murmuró Anita.

—¿Y lo dudas? ¿y me vuelves á ver con esa tranquilidad?... pero, ante todo; palabra obliga, cúmpleme tu promesa, déjame que cobre el pagaré vencido.

—Antonio!

—Nada, Nitita, el beso.

—¿Eres siempre el mismo?...

—El mismo, tenaz é inmutable, inmutable en quererte mientras viva... El beso.

—Pues, bien, sea,—dijo Anita quitándose la nube y aproximándose á la reja.

Casi al mismo tiempo, la luna, saliendo de entre un denso nubarrón, brilló clarísima en un trecho de cielo azul y dió de lleno en el semblante de la joven; Antonio, con el corazón palpitante, casi incrustó su cabeza entre los hierros, pero la retiró horrorizado y tan sorprendido como si hubiera visto á un sol hundirse en una sentina.

Anita estaba trasfigurada. Uno de sus ojos se ocultaba entre un cerco que parecía una costra pulverulenta. Las mejillas, antes tan finas y tan suaves, estaban manchadas por dos rosetones de color de lodo, uno de los cuales se prolongaba hasta la boca, cuyo labio superior levantado dejaba ver el alveolo dental, como una llaga reciente.

La Madona se había transformado en cariatide; la viruela negra pasando por aquel rostro, antes tan bello, marcó en él su huella pustulosa.

Antonio sintió un vértigo, exhaló un grito, asió los hie-



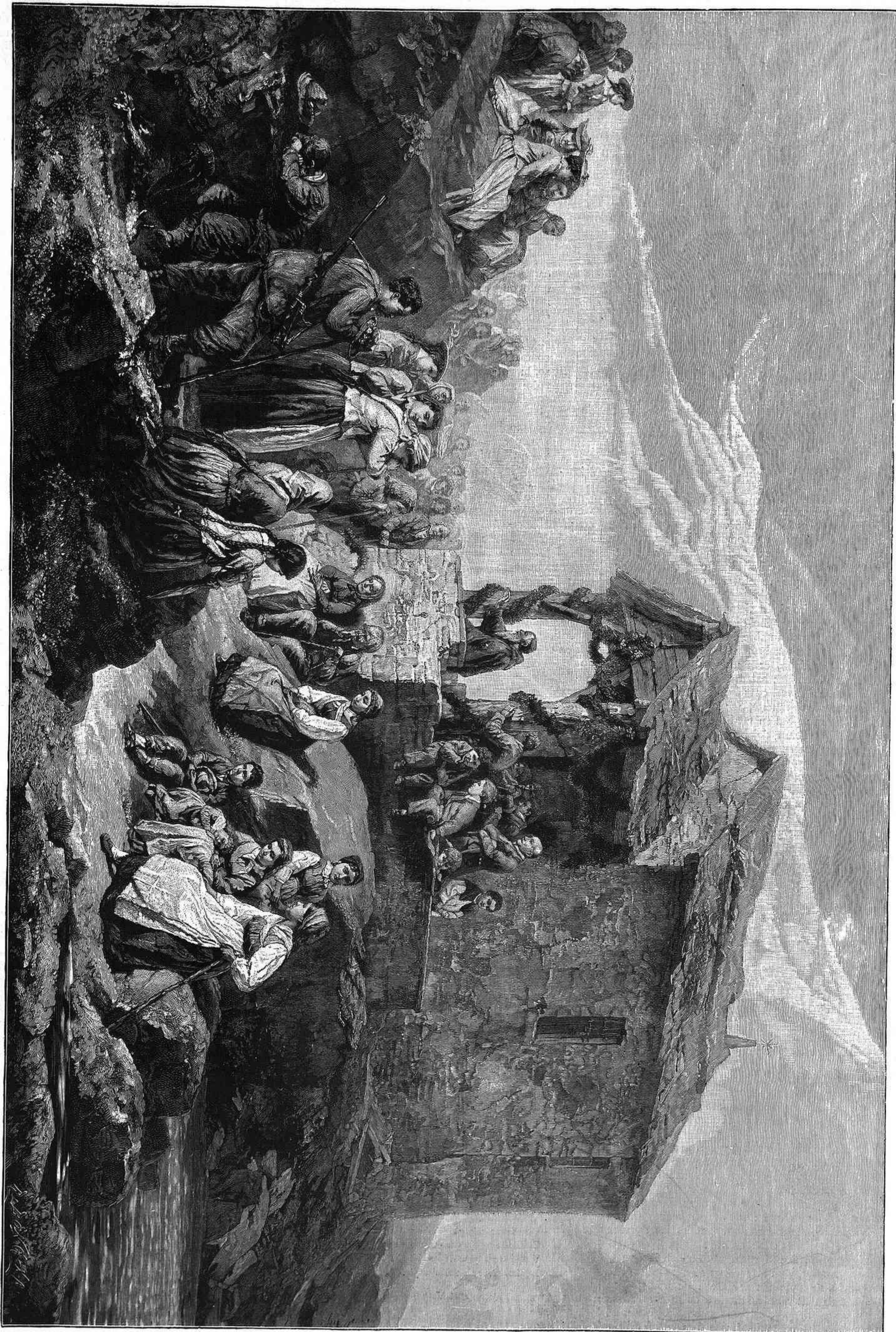
ECHENA.—Apunte para su último cuadro

ros de la reja con sus crispadas manos; y dejando aquel sitio, torció rápidamente la esquina de la calle de Santa Ana, llegó de una carrera desalada á la Alameda de Hércules y cayó jadeante al pie de la columna de Vikinims.

Antes, en la calle de Flandes, junto á aquella ventana abandonada, también Anita, ahogando un sollozo, había caído desplomada al suelo.

VI

Poco tiempo después, una noche Antonio pelaba la



LA PEREGRINACIÓN A NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES EN ZERMATT, cuadro de Rafael Ritz



DIAS SERENOS, cuadro de T. Grätz

pava con la muchacha cordobesa de la calle del Conde Gondomar. Dos casas más arriba, en la del conde de T. C., había concierto en el que alternaba la música extranjera con los aires del país. En el momento en que los enamorados de la reja se hallaban más embelesados en ese suave cuchicheo que se asemeja al ruido de la brisa entre las frondas de los bosques; un *cantador* aristocrático, como que descendía de D. Alonso de Aguilar, entonó la siguiente soledad:

¿A qué hablar de corazones
En las pláticas de amor?
Si amor entra por la vista
¿Qué le importa el corazón?

Antonio oyó esta copla y sintió en el suyo una punzada parecida a un remordimiento.

F. MORENO GODINO

LA HOJA DEL ÁRBOL

POR DON VICENTE COLORADO

I

Estamos en los últimos días del invierno; el sol, menos perezoso, abre más pronto las ventanas de oriente y desaparece más tarde por las puertas del ocaso.

La atmósfera, tibia y transparente, envuelve a la tierra con la suavidad y dulzura de un suspiro de amor.

El bosque se extiende en la llanura semejante a una muchedumbre de espectros cuyos descarnados brazos se elevan al cielo como suplicando vida, luz y calor para sus ateridos cuerpos.

Entre otros, un árbol, colocado en la parte meridional de la selva y próximo a un caudaloso río que, cual cinta de bruñida plata, atraviesa a lo largo todo el valle, alza su tronco rugoso y macizo empenachado de infinitas ramas como él desnudas y escuetas.

Arriba, en lo más alto, sola y aislada de las demás, una ramita, tan larga y bien modelada como el dedo de una Venus, dirige al cielo su extremidad superior como si a él apuntase queriendo hablar y mirar a un tiempo mismo.

Esta actitud, ¿es voluntaria?
¿Mira realmente al cielo?
¿Habla acaso?
¿Quizá ve?

Si deseáis saberlo, venid, venid al bosque antes que luzca el día.

La ramita parece hallarse triste entre las sombras de la noche; toda ella, como bajo el peso del dolor, se halla inclinada hacia la tierra; la escarcha que la cubre cae en menudas y líquidas gotas al suelo; cualquiera, al verla, diría que está llorando.

Ved; su última lágrima coincide con la aurora.
¿Con qué dulce movimiento, girando sobre sí misma, se levanta, se eleva y se vuelve en dirección a ese punto rosado y luminoso que aparece en la extremidad oriental del espacio!

¡Pobre ramita!
¿Quién duda que siente cuando así llora!
¿Quién duda que vive cuando así gira!
¿Quién duda que ve cuando así halla lo que desea!

II

El primer rayo del sol, vibrando en el espacio, atravesó el ambiente, y cayendo sobre la desnuda rama, la estrechó contra su seno haciéndola palpar con sus besos y caricias.

— ¿De veras me quieres? — decía la ramita al rayo de luz, devolviéndole halago por halago, caricia por caricia y beso por beso.

— ¿Y tú lo dudas? ¿Por quién, sino por tí, hago que la luz todos los días aparezca en el horizonte un poco más temprano y, apenas llegado al oriente, bajo del cielo a la tierra tan de prisa, tan de prisa, que sólo el pensamiento puede igualarse conmigo?

La rama parecía sonreír.
— ¿Has llorado? — exclamó el rayo de sol secando con su cálido aliento el húmedo cuerpo de la rama.

— Paso unas noches muy tristes, dijo esta última suspirando; el frío me entumece y la oscuridad me da miedo. ¡Oh, cuándo llegará un día sin ocaso, un día eterno, sin crepúsculo ni sombras, para no separarnos nunca, nunca, y vivir eternamente juntos, estrechados y confundidos en un inacabable y dulce beso de amor!

Las horas transcurrían y el amoroso idilio se prolongaba con las horas, mirando la ramita por la mañana al oriente, al cenit al medio día y por la tarde al ocaso.

Cuando el sol iba a traspasar el horizonte y el crepúsculo vespertino se acercaba,

— Adiós, adiós; decía el rayo de sol desprendiéndose de los brazos de su amada: y ambos, cambiando su última caricia, se daban el postrer beso.

— Adiós, adiós; gemía la ramita, al propio tiempo que, extinguiéndose la claridad del crepúsculo, volvía tristemente a inclinarse hacia la tierra sobre la cual vertía en abundantes lágrimas la escarcha de la noche.

¡Pobre ramita!
¿Quién duda que sufres cuando así lloras!
¿Quién duda que vives cuando así giras!
¿Quién duda que sientes cuando así amas!

III

De esta suerte transcurrieron los últimos días del invierno; el rayo de sol venía cada mañana más pronto y, ahuyentando las sombras de la noche, desaparecía más tarde en el ocaso.

Dios no ha querido que sea estéril para el amor cuanto en el mundo existe; los ojos tienen miradas de fuego, ardientes suspiros el pecho y abrasadores besos los labios; el cielo tiene el sol, la luna y las estrellas que miran con amor a la tierra, y la tierra tiene ríos, lagos y mares que miran con amor al cielo; las raíces son los lazos del amor que unen la planta a la tierra; la flor guarda en su seno la semilla como la madre guarda al hijo en sus entrañas; quien mira los ojos del ser amado se encuentra en el fondo de ellos como si quisieran decirle que detrás de los ojos vive y en el pensamiento anida y dentro, muy dentro del alma le ocultan y le llevan, para no separarse de él un solo instante.

¡Dios no ha querido que sea nada de cuanto en el mundo existe estéril para el amor!

Ya las noches eran breves y cortas como lo son las ausencias de apasionados amantes; la primavera sonreía al mundo, el rayo de sol amanecía más amante y la ramita descansaba menos triste durante la noche, arrullada por dulces ilusiones.

Una mañana, al cambiar uno y otro su primer saludo, la ramita se adelantó mostrando al rayo de sol, en medio de su seno, un botoncito verde semejante a una esmeralda, que al brillar parecía sonreír y, al agitarse, mecido por el viento, parecía saltar de gozo y de alegría.

— Aquí tienes al hijo de tu amor, — dijo la rama todavía convaleciente de los dolores del alumbriamiento.

El rayo de sol besó a uno y a otra con inefable transporte y, aquella tarde, al separarse de ellos, el botoncito se había convertido en una hoja pequeña como una almendra, brillante como la luz y alegre como una sonrisa.

La rama, nutriendo a su hijo con la savia de sus venas, le dió a éste cuerpo y vida, y el rayo de sol, vivificándole con su luz y su calor, infundió en la hoja aliento y alma.

El hijo de tan ardiente y apasionado amor crecía, crecía y crecía hasta cubrir con su cuerpo el de su madre, la cual devolvía al rayo de sol en su hijo los besos que aquel la daba por el mismo conducto.

La hoja, el rayo de sol y la rama vivieron así largo tiempo, gozando en la primavera de la tibia y perfumada brisa del campo y adormeciéndose en las ardientes siestas del estío llenos de amor, de felicidad y de esperanzas.

IV

A las templadas brisas siguen los helados cierzos, a la juventud la vejez, la pena a la ventura, tras de los largos y claros días vienen las largas y sombrías noches y a la bulliciosa vida sucede la callada muerte.

Llegó el otoño y, con él, los vientos fríos y los días tristes; la tierra parecía recogerse en sí misma; el cielo se envolvía en crespones y la naturaleza entera, revistiendo esas líneas cortadas y angulosas de la senectud, semejaba, después de tanta vida, un inmenso cadáver.

La ramita del árbol volvió a inclinarse hacia la tierra mostrando por toda ella las arrugas de la vejez y la inmovilidad de la muerte.

Nuevamente la escarcha cubría su cuerpo y a la mañana sus lágrimas rodaban a la tierra.

El rayo de sol se helaba en el espacio, y muchos días, muchos, las nubes le robaban a su vieja y amada ramita, la que en vano le buscaba en toda la extensión del horizonte.

La hoja, triste y enferma, comenzó a palidecer; la sangre se le helaba en sus complicados filamentos y, falta de fuerzas, tuvo necesidad de reclinarse en el seno de su madre para no caer.

¡Pobre hoja! su pálido rostro se tornó amarillo, sus fuerzas se agotaron del todo, y, una tarde, el viento la arrancó de los brazos de su madre para arrojarla a una vida de azar y a un mundo para ella desconocido é ignorado.

— ¿Dónde me llevas?
— Anda, — la decía el viento sacudiéndola con violencia y rugiendo con sorda ira.

Arrastrándose por la húmeda tierra se alejó del bosque; ya no veía ni un árbol; la ramita desapareció a su vista para siempre.

¡Sí al menos el rayo de sol estuviera allí, a su lado, para consolarla y acompañarla en tan doloroso camino!

Sola, en medio de las sombras y azotada por el viento corría sobre la húmeda tierra sin descansar ni detenerse un momento.

— ¿Dónde me llevas?
— Anda, anda; — silbaba el viento cada vez más fuerte é impetuoso.

— Pero ¿dónde?
— Anda.

Y ya no corría, volaba describiendo gigantescos círculos que, estrechándose, se comprimían para estallar después con espantoso estrépito.

— Anda, anda, — seguía diciendo el viento, cuando, de pronto, se halló cogida la hoja por una de sus caras y arrastrada con movimiento más igual y constante, pero no menos rápido y vertiginoso.

Había caído en el río.

V

Al asomar el día en el horizonte, el rayo de sol, pálido y vacilante de dolor, contempló en el bosque a la desnuda rama llorosa é inmóvil, y allá, a lo lejos, sobre las ondas del río, la amarillenta hoja, la cual flotaba á merced de la corriente como el cadáver de un naufrago á quien las olas del mar traen y llevan de un punto á otro sin arrojarle nunca á la costa.

Parte de la noche y toda la mañana caminó la hoja del árbol sobre las aguas, como en otro tiempo la cuna de Moisés sobre el Nilo.

Pasado que fué el medio día, una ráfaga de viento la llevó á la orilla y la internó en la tierra, en donde el rayo de sol la secó con el calor de su aliento.

Ya enjuta cobró agilidad y fuerzas y, meciéndose á compás del viento y avanzando en la misma dirección que soplabá, llegó al término de un jardín, traspuso la cerca y comenzó á correr por sus enarenadas calles.

Era la caída de la tarde; el jardín en que la hoja se hallaba rodeaba, como un cinturón de encaje, á una hermosa casita de dos pisos con altas galerías de cristales y esbeltas columnas de madera artísticamente entalladas.

Absorta en la contemplación de este nido humano, para ella desconocido, la hoja sintió de pronto la dura presión de un pie que sobre ella se detuvo estrujándola contra la menuda arena.

(Continuará)

DESECACIÓN DEL LAGO COPAIS

Aunque el arte de llevar á cabo las desecaciones, no pueda llamarse en rigor una aplicación moderna de la ciencia del ingeniero, sin embargo, ya ha entrado en el terreno científico, que es el único que puede señalar el término que ha de durar una obra y llevarla á cabo con mayor rapidez y economía. Si se trata de arrebatar grandes terrenos al mar, como así se ha llevado á efecto en el mar de Haarlem, se han de construir fuertes diques y agotar el agua contenida en el espacio cerrado por ellos; pero si se pretende desecar lagos ó pantanos que estén en terreno firme y se hallen más elevados que un río inmediato ó la costa del mar, hay necesidad de abrir grandes zanjas para recoger las aguas, teniéndose que practicar á veces túneles en las colinas próximas al sitio que se ha de desaguar. Este método se empleó para el desecamiento del lago Fucino y es también el que se emplea para el saneamiento del lago Copais, en Grecia. Las operaciones más importantes para el desecamiento de este último se han llevado á cabo con feliz resultado; pues, inaugurado el canal el 12 de junio último, á presencia del ministro francés de Obras públicas y de los representantes del Gobierno helénico, se ha logrado desecar, temporalmente, todo el lago, y de una manera definitiva una gran parte de su superficie; por lo que creemos oportuno ocuparnos de los trabajos al efecto empleados.

Condiciones geográficas. — El Copais, situado al N. de la ciudad de Tebas, es un gran pantano cubierto de plantas acuáticas en una superficie de 25,000 hectáreas, y está alimentado por los torrentes del Cefiso, del Hercino, del Pontgia, del Lofis y de otros que nacen al norte del Parnaso y del Helicón y que, si bien en la estación del estío apenas llevan agua, en el invierno algunos son muy caudalosos y temibles por sus avenidas. El nivel del lago empieza á subir, todos los años, en noviembre; continúa ascendiendo durante el invierno, y llega á su maximum en el mes de abril, empezando ya en esta época el descenso. En el verano, se encuentra seco el pantano, y sólo está cubierta de agua una gran hoya que se encuentra en medio del lago y que está de ordinario, de 94,40 á 95 metros de altura sobre el nivel del mar, no pasando de los 97^m aun en la época de las mayores crecidas. Este desecamiento es debido, en parte, á la evaporación, que anualmente es de 1^m,50 de la profundidad del agua del pantano, y en parte á los *katavothros*, especie de canales subterráneos abiertos naturalmente en el fondo del mismo y que filtran el agua en el interior de la tierra ó la arrastran al mar, según la naturaleza de la atracción. Estos *katavothros* están situados, en su mayor parte, al E. del lago.

El fondo del lago está formado por una capa de arcilla plástica impermeable sobre la que se encuentra otra de limo ó cieno. Esta, cuyo espesor varía de 2 á 4 metros, es un verdadero *humus* que resulta de la mezcla de los despojos vegetales con los sedimentos que arrastran los torrentes; y, según varios análisis practicados en el laboratorio de la Escuela de puentes y calzadas de París, sobre muestras sacadas de diferentes sitios del lago, es un verdadero abono fosfatado con mezcla de nitrógeno. Las orillas del lago así como la parte que queda seca en el verano, vienen explotándose hace muchos años, bien para prados, ó bien para tierras de cultivo. Pero tan dilatada capa de agua, aunque de poco espesor, exhala tan peligrosos miasmas, á causa de las materias orgánicas que allí se encuentran en abundancia, que la fiebre palúdica ha llegado á hacerse endémica en las poblaciones próximas, y causa muchas víctimas en los niños, determinando una anemia incurable en los adultos.

Los grandes trabajos que se están practicando hoy día, pondrán en manos de la agricultura 25,000 hectáreas de terreno muy fértil; sanearán una comarca que se extiende á 20 kilómetros de las orillas del lago; harán que disminuya la mortalidad de los niños, y darán más vigor á la

raza y á la densidad de la población.

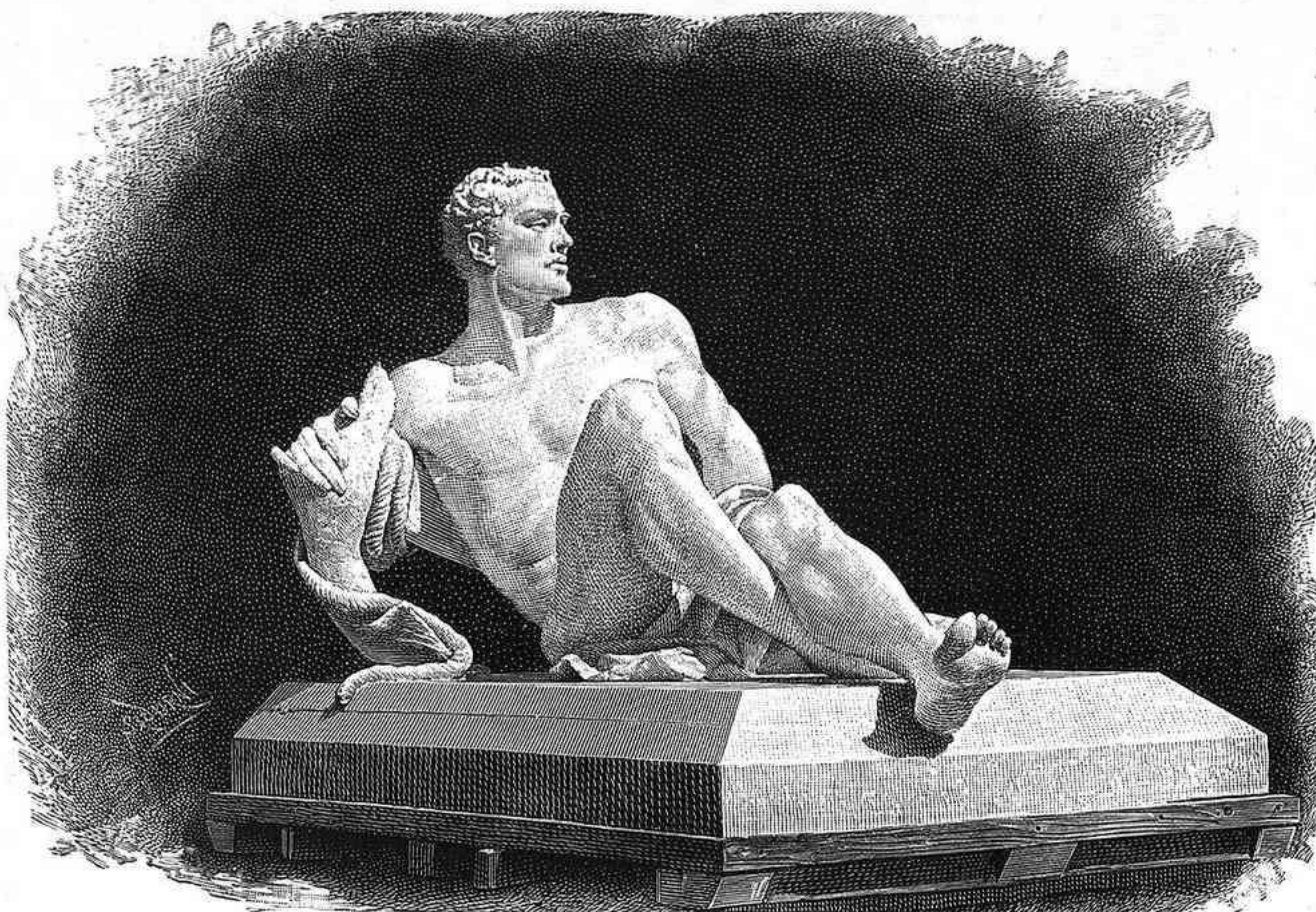
Proyectos de ejecución. — Los proyectos de M. Pochet que fueron aceptados definitivamente por la Compañía, son de dos clases: unos que tienden al *desechamiento* propiamente dicho y comprenden los diferentes canales parciales y principales, y otros que tienen por objeto el riego de los terrenos saneados.

Trabajos de desecación. — 1.º Canales laterales. — Son tres: el gran canal de circunvalación, el de Melas y el de aguas interiores. Los dos primeros están destinados á recoger las aguas de los afluentes del lago, y el último las aguas pluviales.

a. — El gran canal de circunvalación tiene una longitud de 33 kilómetros y recoge los afluentes de las regiones E. y S. del lago, que ya hemos anteriormente indicado.

Estos torrentes no tienen las mismas accidentaciones en su curso; pues, al paso que el Cefiso, el Pontgia y el Lofis son tranquilos, el Hercino es muy impetuoso; y estas diferencias, que son indudablemente debidas al suelo de las capas que atraviesan, ofrecen la ventaja de no efectuarse las crecidas al mismo tiempo en todos ellos ni de que puedan rebasar por lo tanto sus aguas á las del canal que las recoge. Este canal, cuyas paredes tienen una inclinación de $\frac{1}{4}$, ofrece la figura de un trapecio que forma un lecho menor y la longitud de sus paredes varía de 9 á 22 metros según las diferentes secciones y que es bastante para conducir los 161 metros cúbicos que por segundo pueden suministrarle los torrentes en cualquiera época de crecidas. Las aguas descendentes van á parar á unos arroyos que se encuentran á los lados de sus paredes.

Esta solución ha sido de mayor economía que la proyectada por M. Sauvage, pues sustituye con un gran canal de circunvalación por la orilla derecha á los dos que él pretendía que se hicieran, uno á la derecha y otro á la izquierda.



EL COMERCIO, figura del monumento que ha de elevarse en Valencia al Marqués de Campos, por Mariano Benlliure

b. — Canal de Melas. — Este canal, que consiste en una rectificación, y en algunas partes en una excavación del primitivo lecho del Melas, está destinado á recoger las aguas de la hoya superior del Copais y del Cefiso, 15 metros cúbicos de agua por segundo en época de crecidas, M. Pochet ha conseguido por medio de la elevación de los terraplenes de la orilla derecha y haciendo diques en los puntos más bajos, preservar esta parte de las inundaciones del Cefiso que, mientras duren los trabajos, desaguará en el Melas, á fin de poderse hacer en seco el lecho del canal de circunvalación. El canal de Melas está cortado, en el kilómetro 19'500, por unas compuertas, cerca de las cuales se ha abierto un canal secundario que recibe la mayor parte de las aguas y las conduce al canal emisario general que va á parar á la bahía de Karditza. Las aguas restantes desaparecen en el antiguo lecho del Melas y el katabothro de Kefalari. La longitud total del canal es de 29 kilómetros.

c. — Canal de aguas interiores. — Este canal se ha de practicar á lo largo de la orilla del Sur; será suficiente para trasportar cinco metros cúbicos de agua por segundo, y tendrá una longitud de 25 kilómetros.

Estos dos últimos canales se reunen en uno antes de llegar al canal principal, del que se halla separado por unas compuertas que tienen bocas de desagüe.

Los primeros trabajos representan excavaciones y terraplenes de 2.135,000 metros cúbicos, repartidos en la siguiente forma:

Gran canal de circunvalación, y diques de este y de los canales afluentes.	1.660,000 m.
Canal del Melas y derivación del Cefiso.	156,000 »
Canal de aguas interiores.	319,000 »

Total. . . 2.135,000 m.

Aunque la Compañía haya tratado principalmente de terminar primero la línea de canales principales á fin de conseguir el desecamiento definitivo de una parte del lago y poderle entregar cuanto antes al cultivo, no por

eso ha desatendido las demás obras, como así lo comprueban la derivación del Cefiso y el dragado del Melas, que se encuentran casi terminados.

2.º **Línea de canales emisarios** — Esta línea tiene por objeto conducir las aguas del lago al mar, pasando por los pequeños lagos de Likeri ó Hylicus y del Paralimni. Comprende:

a. — Un canal de 2,800 metros de longitud y un túnel en Karditza de 672 metros de largo y 46 metros de sección, con objeto de conducir las aguas del Copais al Likeri. En las figuras 1 y 3 pueden verse estas dos obras. La tercera representa un túnel de piedra, de 16 metros de abertura, practicado sobre la zanja para dar paso al camino que de Tebas va á Karditza; y puede dar salida á un raudal de 138 metros cúbicos de agua por segundo, que es la mayor cantidad que pueden suministrarle los canales que en él desembocan. Después de haber salido del túnel, la zanja recorre 815 metros y desagua en el lago Likeri que



ORILLAS DEL LLOBREGAT, cuadro de J. Masriera

se encuentra á 90 metros de altura sobre el nivel del mar. Para llevar á efecto estos trabajos, se han tenido que extraer 342,000 metros cúbicos de tierra y piedra, y se han tenido que vencer grandes dificultades debidas á la insalubridad del terreno y á hallarse muy distantes de toda población.

Ya hemos indicado que estas obras se inauguraron el 12 de junio último, á presencia del conde de Mouy, ministro de Francia, de varios individuos de las Comisiones militares, marítimas y de obras públicas, de la estación naval francesa, de varios representantes del Gobierno helénico, y de los periodistas que representaban á la prensa.

A la cabeza del canal se instaló una toma de agua provisional del sistema Camere, como las que hoy se emplean en las esclusas del bajo Sena, al efecto de cerrar el canal después de verificado el desagüe y de poderse llevar á cabo las reparaciones que fuesen necesarias. Cuando se abren las compuertas de la cabeza del túnel, las aguas se precipitan por el canal subterráneo con gran fuerza, pues entre el canal por donde vienen y éste hay un desnivel de 3",40, lo cual representa una pendiente de 0",005; pasan luego encajonadas por un lecho de 15 metros de anchura y de 2 á 5 de profundidad, y van á parar después al lago Likeri. El nivel de éste era de 0",60 á 0",70, por término medio, desde el 12 al 14 de julio en que se llevó á efecto el desagüe; habiendo bajado el Copais desde los 96'65 metros á que se encontraba sobre el nivel del mar á 94'86, y quedado casi descubierta su fondo. Después de cerrados los portones, se observó que las piedras del canal y el revestimiento del túnel habían resistido perfectamente los ímpetus de la corriente.

b.—Desaguadero de Moriki. — A fin de conducir al lago Paralimni el sobrante de las aguas del Likeri, cuando lleguen á los 80 metros, que es el nivel máximo, se ha practicado un desmonte en la garganta de Moriki dejándola rebajada á una altura de 79 metros en una anchura de 50. El trabajo está casi terminado, y el canal quedará cerrado con compuertas.

c.—Túnel de Anthedón. — Esta obra tiene por objeto desaguar al Paralimni, que se halla á una altura de 55 metros sobre el nivel del mar. Su sección es de 16 metros cuadrados, y su longitud de 860 metros. Las calizas grietadas que atraviesa en la mayor parte de su trazado, hacen necesario un revestimiento de piedra. La galería del túnel y la parte superior é inferior del canal se encuentran ya terminadas, y toda la obra lo estará á fin del año actual.

La elevación de 55 metros que hay entre el lago Paralimni y el mar procurará una fuerza disponible de 12,000 caballos de vapor que podrán emplearse, ya en establecer un centro industrial en terrenos de la Compañía, ya en transmitir la fuerza y la luz por medio de la electricidad.

Lo adelantados que ya se encuentran los trabajos, hacen suponer que la línea de los canales principales podrá funcionar con regularidad muy pronto y que se podrán recoger las aguas del invierno.

Trabajos de riego. — El riego en Beocia, como en todos los países cálidos, es un medio poderoso para activar la vegetación de las plantas; así que el valor del agua está en relación con el del terreno. En los alrededores de Tebas, al precio de arriendo de una hectárea de terreno, que es de 500 á 600 francos, hay que añadir 400 francos más por el arriendo del agua. Por lo tanto el riego es de una importancia capital en los terrenos desecados del lago Copais; pero, como el único río de corriente constante es el Melas, que sólo arrastra un caudal de agua de dos metros cúbicos por segundo, y los demás riachuelos sólo llevan agua en la época del invierno, ha sido necesario recoger las aguas del invierno en un gran depósito general, para poderlas destinar á su debido tiempo al riego de los terre-

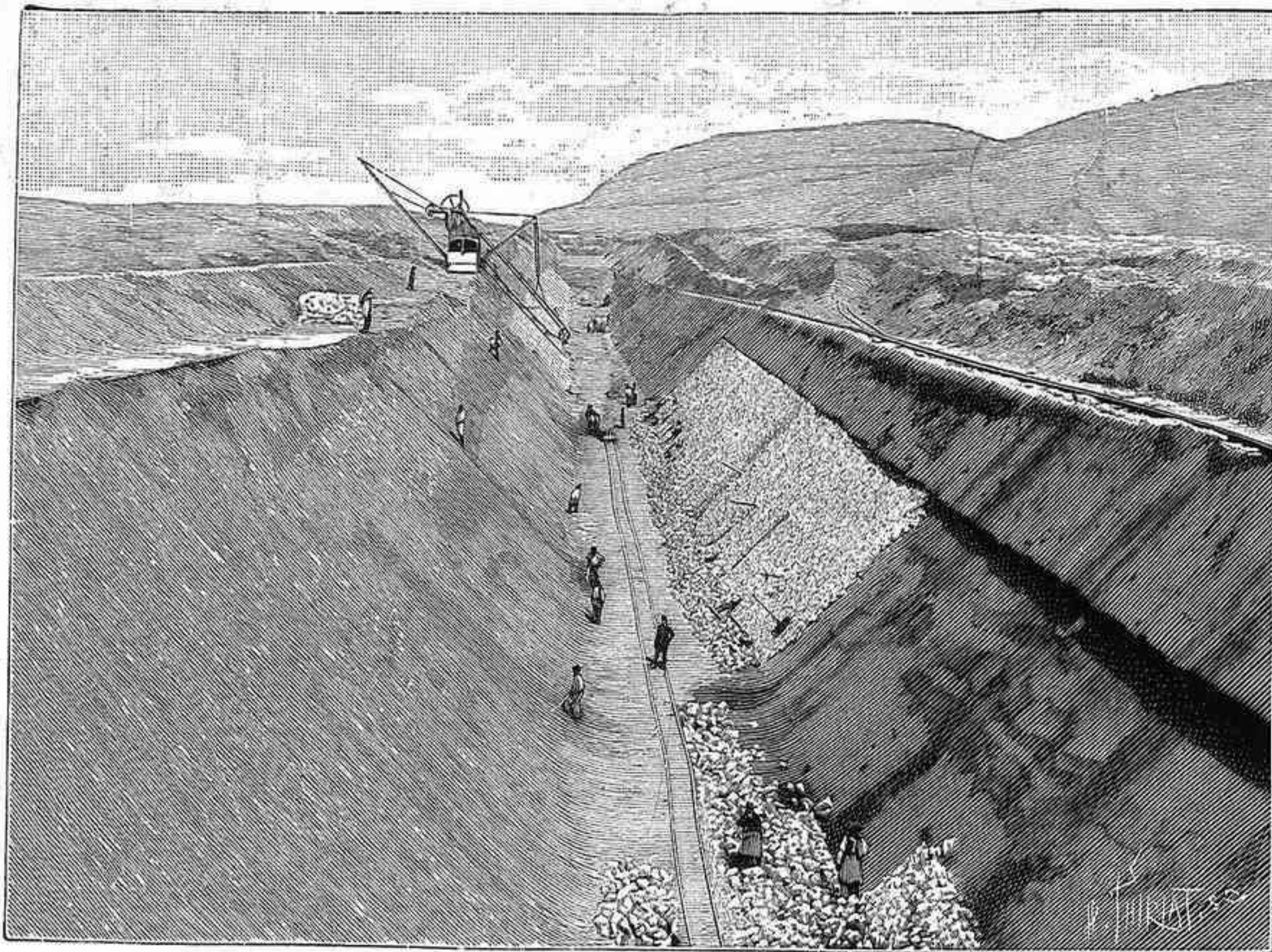


Fig. 1. - Vista de la gran zanja del canal emisario de Karditza

nos que se dessequen. A este efecto se ha destinado el lago Likeri después de haberse tapiado con piedra los muchos catabothros que en su fondo había, á fin de que en él se conserven estancadas las aguas. Esta operación que se ha llevado á cabo cuando el lago tenía poca agua

lago y terminará en San Dimitri, en la bahía de Degli, después de haber recorrido 45 kilómetros, en una pendiente de 0",20 por kilómetro.

De la galería de Hungara, se hallan ya abiertos 300 metros de longitud; la zanja que la precede está también terminada, y de la que la sigue hay hecha una tercera parte.

De este modo, la Compañía podrá disponer para los riegos de un caudal continuo de 6 metros cúbicos de agua por segundo, dos de ellos tomados del Melas, y de 2 ó 3 eventuales que puede suministrar el Cefiso en los años de lluvias; y esta cantidad de agua servirá para el riego de 10,000 hectáreas.

El terreno es muy á propósito para el cultivo del algodón, del maíz y del trigo, como así lo enseña la experiencia de las poblaciones limítrofes. Los rendimientos que se obtienen en la vega de Livadia, á pesar de la pobreza de su suelo, son considerables, y serán indudablemente mucho mayores los que se obtengan en los terrenos vírgenes del Copais, muchos de los que son unos excelentes abonos fosfatados. Varios son los cálculos que se han hecho sobre las utilidades que puede reportar el cultivo del Copais. En 1848, M. Sauvage las hacia subir á 4.650,000 dracmas en una superficie de 9,000 hectáreas de cultivo; el coronel griego Papa George, en 1867, las redujo á 4.000,000 en igual superficie; y M. Moulle, en su Memoria de 1879, las fijó en 10.000,000 de francos en una explotación de 20,000 hectáreas. Los trabajadores necesarios para este terreno tan vasto, se pueden hallar, primeramente en las poblaciones vecinas, algunas de las que, como las de la llanura de Livadia, cultivan ya unas 2,000 hectáreas de las orillas del lago; y otras, que como las de la Locrida, labran terrenos pobres. También es de suponer que, en vista de los buenos resultados que se han obtenido con el desecamiento del lago Fucino, muchos de los italianos que

emigran á la América del Sur y que pueden calcularse en unos 10,000 al año, se animarán á pasar á Grecia y dedicarse al cultivo de los terrenos desecados. Y por último, pueden hallarse en las poblaciones griegas del Asia Menor.

La Compañía es de opinión que dentro de tres años quedarán terminadas todas las obras, y esto mismo hacen suponer los ventajosos resultados hasta ahora obtenidos; pero antes de que esto tenga lugar, hay necesidad de luchar con los inconvenientes que para su realización presentan la naturaleza y el clima, que como decía M. Pochet en el discurso de la inauguración del emisario de Karditza, «es un verdadero combate, aunque en el nombre no lo parezca, pues tan colosal obra causa muchas víctimas que, no por ignoradas, dejan de ser menos heroicas.» Grecia no olvidará los grandes esfuerzos del autor y de los colaboradores de obra tan necesaria y conveniente, y es de creer que se vean coronados con la feliz terminación de un trabajo que hasta ahora se había considerado imposible. — G. R.

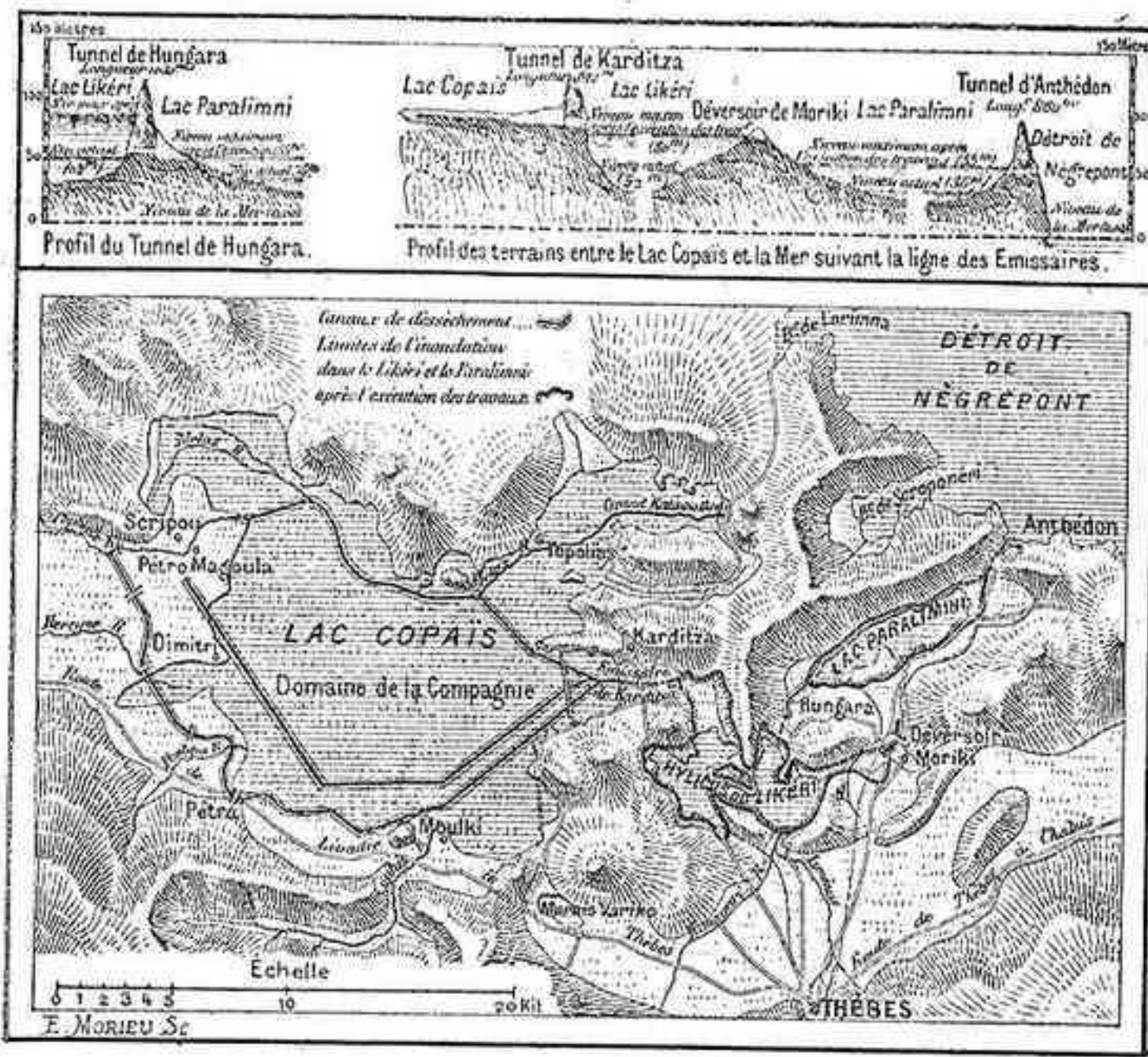


Fig. 2. — Plano del lago Copais y de la región comprendida entre el mar y el lago (Tomado del periódico francés *La Nature*.)

y se descubrían los catabothros principales, ha dado importantes resultados en la práctica, sobre todo, después que, á consecuencia de las obras realizadas, se ha abierto á la explotación el canal emisario de Karditza, de que hemos hablado.

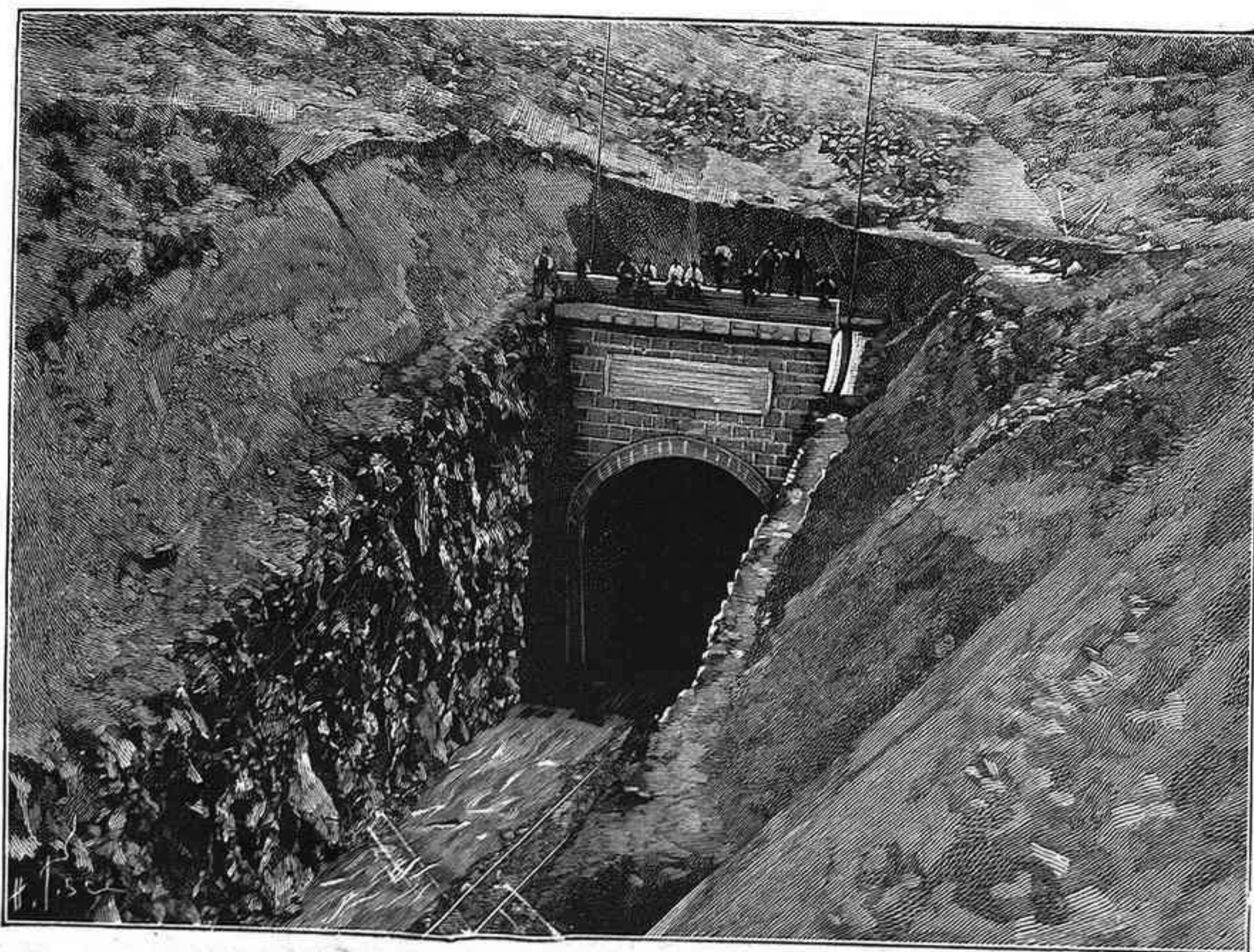


Fig. 3. — Entrada superior del canal emisario de Karditza